

Deutscher, Guy (2010)

Through the Language Glass. Why the World Looks Different in Other Languages

NEW YORK

METROPOLITAN BOOKS

ISBN 978-0-099-50557-0

320 PÁGINAS

El proceso razonador permite a los comunicadores usar argumentos para poder convencer a los receptores que no aceptarían lo que se les dice por las buenas; permite a los receptores evaluar lo apropiado de esos argumentos y aceptar la información valiosa que les parecería sospechosa sin la ayuda de ese proceso razonador. Por tanto, gracias a la facultad de razonar, la comunicación humana es más creíble y potente (Hugo Mercier & Dan Sperber)¹

Desde que leí el párrafo que encabeza esta reseña, no puedo sustraerme a su fuerza descriptiva, ya que casi todos los argumentos y contra-argumentos que encuentro en los debates, discusiones y textos más o menos polémicos, me parecen ejemplos claros de esta manera “natural” de razonar. Entiendo que una reseña crítica, por tanto, ha de ser también “naturalmente” sólo un esfuerzo más en clarificar algunos puntos del interlocutor textual y, como no podría ser de otra manera, está a su vez expuesta a contra-argumentaciones que sigan mostrando la posibilidad de pulir las ideas que se barajan.

Tengo que decir que Guy Deutscher logra, para empezar, un objetivo que muchos científicos e investigadores no consiguen, aunque tengan ideas interesantes que exponer. Su libro se lee con mucha facilidad y gusto, por lo que es ampliamente recomendable para personas interesadas, no duchas en la materia lingüístico-cultural de la que trata. Sobre todo, la narración inicial de los hitos históricos que han jalonado la eterna cuestión de si es el pensamiento el que condiciona la lengua o viceversa, resulta muy informativa y, además, señala detalladamente algunos esfuerzos muy notables de personajes europeos (William E. Gladstone, Lazarus Gieger, Hugo Magnus, Alexander von Humboldt, etc.), cuya contribución decisiva al tema se ha visto relegada al casi anonimato desde que la hipótesis del papel central de la lengua en el desarrollo del pensamiento se bautizara como la “hipótesis de Sapir-Whorf”, un profesor y su alumno norteamericanos.

Causa extrañeza, sin embargo, que un autor tan bien preparado lingüísticamente, como parece ser Deutscher, caiga en descalificaciones severas de teorías que, o no ha profundizado debidamente o no ha comprendido en su totalidad. La alegre manera en que despacha la idea de los universales lingüísticos como falsa, basándose sólo en la distinta manera de categorizar algunos aspectos del mundo en diversa culturas, resulta bastante cuestionable, ya que estos universales se han postulado sobre todo para aspectos muy generales y abstractos de la manera en que todos los idiomas humanos están estructurados. Más extraña parece su negativa a dar valor alguno a las ideas de Benjamín L. Whorf, ya que, en realidad, su libro es un alegato sobre la importancia de los idiomas en la manera de razonar que tienen las personas en distintas

¹ Reasoning [...] allows communicators to produce arguments in order to convince addressees who would not accept what they say on trust; it allows addressees to evaluate the soundness of these arguments and to accept valuable information that they would be suspicious of otherwise. Thus, thanks to reasoning, human communication is made more reliable and more potent. (Mercier, Hugo & Dan Sperber: *Why do Humans Reason? Arguments for an Argumentative Theory*, p.50).

culturas. Según un crítico², es probable que lo haya hecho para congraciarse con la comunidad científica que, por lo general, tiende a considerar un error dicha teoría, antes de presentar su visión ligeramente modificada de la misma. Creo, sin embargo, que Deutscher demuestra ser un iconoclasta en este campo, cuestionando en varias ocasiones las ideas que hoy en día están sumamente extendidas y se toman casi como axiomas por la comunidad científica e, incluso, por casi todo el mundo. Por ejemplo, niega con la ayuda de varios ejemplos que considera argumentos, el axioma actual de que todos los idiomas conocidos de este mundo son igualmente complejos. Sin embargo, no ofrece argumentos claros que demuestren que esa complejidad no es universal —entre otras cosas, porque no describe de manera apropiada de qué forma podríamos medir esa cualidad.

No me parece, pues, que la razón a la que alude su crítico esté muy motivada; quizás, para Deutscher, su hipótesis es radicalmente distinta de la de Sapir-Whorf, ya que en vez de postular que el idioma restringe las posibles maneras de funcionar del pensamiento, lo que trata de mostrar es que lo que consigue cada idioma es forzar unas maneras de procesar la información. Usa, para ello, de manera bastante brillante y sugerente, tres campos conceptuales, el de los colores, el del género, y el de la orientación, que, según el autor demuestran que la manera a cómo nos referimos a cada uno de esos aspectos nos obliga a fijarnos en detalles que no son importantes en otras culturas.

En este mismo número, he presentado un trabajo en donde hago una puntualización sobre la necesaria adecuación observacional del término inglés *language*, que podría servir de puntero terminológico único para señalar tres conceptos relacionados que en español tienen tres posibles punteros terminológicos, los de *idioma*, *lengua* y *lenguaje*, aunque su uso general en esta lengua resulta bastante confuso. Si tratamos de adecuarlos observacionalmente, sin embargo, ocurre un fenómeno curioso: el problema de determinar si el lenguaje determina el pensamiento o viceversa, desaparece. Igual que desaparece el puño en cuanto abrimos la mano. No hay un objeto que se llama puño. No hay un solo objeto que se llama lenguaje. Hay, por lo menos, tres conceptos que habrá que describir y ver cómo encajan en este debate.

Siguiendo la idea de Sperber & Wilson (1995), creo que podríamos utilizar el término español *lenguaje* para señalar no la otra cara de la moneda *comunicación/lenguaje*, sino la de una nueva moneda más ajustada a lo real: *cognición/lenguaje*. Si adoptamos esta manera de señalar a un punto del marco semántico del español, estaremos siendo coherentes con nuestro uso al emplear expresiones como “lenguaje de los animales”, “lenguaje de los ordenadores”, etc. En este sentido, lenguaje no se refiere más que a la manera en qué extraemos información de nuestro alrededor, la formalizamos mentalmente y la manipulamos. Es decir, lenguaje y pensamiento son lo mismo. No puede haber pensamiento sin lenguaje ya que el lenguaje crea nuestro pensamiento, pues permite representarnos el mundo formalmente en nuestra mente.

Si con lenguaje nos referimos a este concepto estrictamente, podríamos utilizar *lengua* para referirnos a las especificaciones innatas humanas que permiten que fabriquemos nuestros *idiomas* como herramientas que aseguren una comunicación mucho más ajustada que la de otras especies. De manera que, desde esta perspectiva, está claro que tanto los defensores de la idea de que el lenguaje da forma, o, al menos, condiciona el pensamiento, tienen razón; pero

² Cfr. Nick Enfield (2011): *An action suit, not a straightjacket: Whorf on language*, Guy Deutscher on Whorf en <http://www.cognitionandculture.net/Nick-Enfield-s-blog/an-action-suit-not-a-straightjacket-whorf-on-language-and-deutscher-on-whorf.html#josc1242>.

también la tienen quienes piensan que es el pensamiento el que condiciona el lenguaje, ya que son sólo dos aspectos de la misma realidad.

Porque de la lectura del libro de Deutscher, se puede uno imaginar fácilmente que lo que Deutscher está tratando de defender es de cómo la herramienta lingüística que nosotros llamamos *idioma materno* influye en nuestra manera de pensar. No hay ningún problema en admitir esto, ya que los *idiomas* han aparecido como extensiones lingüísticas (es decir, del *lenguaje*) con las que se intenta hacer posible una mayor propiedad en la comunicación de nuestro pensamiento –que en esta perspectiva es, repito obsesivamente, *lenguaje*. En otras palabras, nadie en su sano juicio, por tanto, puede negar que lo que hemos categorizado de nuestro entorno en nuestro *lenguaje* mental haya influido en la formación de nuestros *idiomas* y que éstos, a su vez, nos obliguen a ver el mundo “a través de los prismáticos de ... ¡los *idiomas*! (i.e., *language*)”, como reza el título de este libro.

Sea como fuere, la lectura de esta obra de Deutscher resulta, como dije al principio, muy estimulante e informativa, sin que las personas no versadas en cuestiones lingüísticas tengan ningún problema al leerlo. Sus argumentos están tan bien presentados que, precisamente por no ser lingüistas, pueden parecer absolutamente de cajón, aunque, como he tratado de mostrar muy superficialmente aquí, su manera de razonar sea, como dicen Mercier y Sperber en la cita que encabeza este trabajo, sólo una muestra excelente de cómo se argumenta una idea que no es aceptable ni creíble para todo el mundo por razones argumentativas igualmente potentes.

JOSÉ LUIS GUIJARRO MORALES

Universidad de Cádiz
Facultad de Filosofía y Letras
Avda. Gómez Ulla S/N
11003 Cádiz

E-mail: joseluis.guijarro@uca.es
Tel. +34 956 011 613
Fax. +34 956 015 505

Fecha de Recepción 13/04/2011
Fecha de Publicación 01/12/2011